

ÍNDICE

1. Miedo a los tipos con pistola.....	7
2. «Cuando yo era un chico»	11
3. Panochos, no chuletas	15
4. El tiro de gracia.....	21
5. Doña María.....	25
6. El pastor	29
7. Si usted fuera mujer, Isabela	33
8. Kiki y el aguardiente.....	39
9. No sé qué tipo de cristianismo tiene usted.....	41
10. Ya no te vale el culo.....	45
11. A ella su familia le decía Alondra.....	49
12. El pene de palo y los doce condones.....	51
13. Cuando todo se fue a la mierda.....	55
14. Kristell	59
15. Camisa polo rayada verde con vaqueros.....	63
16. Esta broma ya ha llegado muy lejos	67
17. Orgullo es acoger.....	71
18. De Madrid... ¿al cielo?	73
19. Pidiéndole perdón a Alá.....	77
20. Ella no era travesti	81
21. Venimos a comer pero no a digerir	85
22. Rézale a Santa Carolina.....	89
23. <i>Don't be a drag, just be a queen</i>	93
24. La otra fiesta	99
Epílogo.....	105
Bibliografía.....	113
Bibliografía web.....	115

MIEDO A LOS TIPOS CON PISTOLA

Ahí estaba, de rodillas, sintiendo el frío metálico de la pistola recorriéndole la nuca. Preguntándose si su vida había valido la pena. «Probablemente no».

El pantalón entubado le cortaba la circulación y la humedad hondureña de pleno agosto le estrangulaba. Las ampollas de las manos presionaban la rugosidad de la calle de tierra lastimándole, mientras el polvo se le metía por debajo de las uñas. Su espalda dibujaba una curvatura sumisa, como quien está a punto de confesarse de sus pecados. «Quizás solo quiere una mamada».

—¡Camina hacia allá!

Sabía que iban a matarle. Tenían que matarle. ¿Acaso le dejarían ir? No. Claro que no. Esos tipos no conocían de redención. Con seguridad le desfigurarían el rostro con un tiro de gracia. Que nadie le reconozca. Sería un número más entre los 142 homicidios por cada 100.000 habitantes de ese 2014 en San Pedro Sula.¹

Su madre lloraría a su lado, pidiéndole perdón y tomándole la mano. Luego se alejaría y las autoridades recogerían su cuerpo en la mañana siguiente, como quien barre la mugre de la acera a primera hora. Ese era el *modus operandi* habitual. Cuerpo desechable, descartable, inutilizable. Lo había visto una y otra vez: en vivo, en boca del televisor, en ajustes de cuentas o tiros por equivocación. Moriría allí, a metros de la frontera invisible que divide el barrio Chamelecón entre la Mara Salvatrucha y Los 18. Sí, eso iba a sucederle.

1. Datos proporcionados por el Observatorio de la Violencia de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH).

«Señor, perdóname».

¿Que le perdonase de qué? Apareció flotando en su cabeza la cara del pastor de turno de la iglesia que frecuentaba en su adolescencia. Ese que le había exigido tantas veces que modificara su forma de hablar, su forma de caminar, reclamándole que su andar fuese disimulado y no desviado. Desviada, su conducta desviada. El pastor que en nombre de la religión le escupió: «No estoy en contra de la homosexualidad ni nada, pero tienes que cambiar Isair».

Apretó con tanta firmeza sus puños que las uñas se le encarnaron en la palma de la mano. En esa misma iglesia recolectó —en una suerte de caja de Pandora— las peores mierdas que jamás había escuchado. «Conozco muy bien a tu familia y yo sé que son de los que tiran una semilla y la esparcen. Por eso nunca van a dejar de ser lo que son y nunca serás nadie en la vida». La mandíbula le bruxaba.

«Dios mío, ayúdame».

Levantó la mirada y observó al tipo que le apuntaba. Era medianoche y lo único que podía distinguir era la sombra de unos cinco hombres. Quizás eran seis. Miró a su alrededor, en un giro de cámara lenta de 360 grados propia de una escena de Matrix. Chavales, no más de veinte años. Iban todos armados.

El manto negro nocturno parecía acogotar al silencio. No resultaba extraño que pandilleros bajaran a punta de pistola postes de luz completos del alumbrado público. Se veía todos los días: las calles tenían dueños. Punto. Nombre y apellido. ¿De mujeres? No, claro que no. Nombre y apellido de hombre(s). Un sello o un apodo marcando el territorio como un perro macho y su orina.

No podía creer que lo asesinarían a tan pocos metros de su casa.

Las reglas de juego eran un pacto que nadie había firmado: incumplirlo se transformaba en un pase directo al entierro en vida. Las colonias situadas en el sur de la entrada principal de Chamelecón estaban dominadas por la MS-13,² mientras

2. Mara Salvatrucha (generalmente abreviado como MS, Mara y MS-13) es una organización internacional de pandillas criminales asociadas que se originaron en Los Ángeles, California, y se han expandido a otras regiones de Estados Unidos,

que Los 18³ tenían el ojo clavado sobre aquellas ubicadas en el norte de la vía.

Cruzar de un lado hacia el otro de la frontera —el llamado «punto de la treinta y cinco»— se interpretaba como filtrar información a la mara contraria. Un ojo que todo lo ve, equidistante, que todo lo escucha.

Expectante, custodiando la trinchera sin guerra con vigilancia panóptica, San Pedro Sula, la ciudad más peligrosa del planeta fuera de zona de guerra entre 2011 y 2014.⁴

—¡O te mueves o te pego siete tiros!

«Siete tiros», pensó. Le iban a pegar siete tiros en un basural próximo a la colonia La Palmira. La curvatura sumisa de su espalda se erigió en un doloroso gesto de resignación. Le estaban mandando al matadero. Por estar en el lugar equivocado, a la hora equivocada. ¿Era esa la razón?

Se arrastró como pudo, mientras las palabras del pastor le resonaban todavía en la cabeza. No estoy en contra de la homosexualidad. ¿Homosexualidad? Le rebanaba los sesos. Por segunda vez, levantó la mirada. Ya conocía el lugar. Ese baldío, ese terreno. Hacía unos siete años estaba abandonado y el vestigio del tiempo lo había convertido en el vertedero de la zona. Sintió el olor de las tortillas que preparaba su madre y cerró los ojos.

Antes de ser basurero había un molino al cual solía ir en su niñez con su hermano mayor y sus tres hermanas pequeñas. Su madre les enviaba allí a moler maíz, pero las tardes terminaban siendo infinitas horas dejándose perder entre los matorrales. El dueño era un señor mayor —quién pudiera recordar su nombre—. Cojeaba de su pierna derecha. El lugar estaba contorneado por apartamentos y una humilde casita

Canadá, México, el norte de Centroamérica (Guatemala, El Salvador, Honduras) y en el sur y oeste de Europa (en el sur de Europa: Italia, Portugal, España).

3. El rival más conocido de la mara Salvatrucha es el Barrio 18, que surgió como una pandilla callejera en Los Ángeles para luego convertirse en la mayor amenaza en los países centroamericanos como El Salvador, Guatemala y Honduras. Estas pandillas extorsionan sistemáticamente los medios de transporte público, desplazan comunidades enteras y se han infiltrado en el sistema político.

4. Ranking 2014 de la ONG mexicana Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública.

de madera epicéntrica. Ahí dentro, en un cuartito al fondo, el señor guardaba el molino.

El solar era completamente de tierra y en medio había una cisterna donde siempre se escondía. Se escapaba allí del mundo, de su hermano y hermanas, del grito de su madre, del pastor y de la iglesia.

Se escapaba de lo que era y de lo que quería ser. Nunca imaginaría que siete años después terminaría dentro del mismo sitio. Abrió los ojos. El molino se desfiguró y devino comida en descomposición.

Nunca se preguntó qué habría sido del hombre cojo.

Un dolor asfixiante lo llevó de un brusco tirón a la realidad. El pecho. Sentía algo en el pecho. Fue una patada. Dos patadas. Tres patadas. Un fuego. Pronto dejó de contar. Se caía, le obligaban a levantarse y le volvían a propinar sistemáticamente la paliza de su vida.

«Ya, el tiro de gracia».

No. Uno de los hombres le arrebató el bolso que llevaba consigo. Lo abrió, le dio la vuelta y lo sacudió.

No sabía qué buscaba. En realidad, no buscaba nada. Cayeron y se perdieron entre la mugre una *laptop*, unos cuantos libros y apuntes universitarios y una bolsa de plástico transparente que contenía unas cremas. Las había comprado esa misma tarde. Era un tratamiento facial hidratante.

—Putá, este maje se cuida mejor que mi chica.

«CUANDO YO ERA UN CHICO»

Nacemos, crecemos, devenimos, deseamos. Nos desean. Nuestra vida no es transición, es construcción. No nacemos en cuerpos equivocados, sino en sociedades putrefactas. Como el basural.

Ya tenía diecinueve años.

Hacía varios meses que se había inscrito en un gimnasio próximo al área céntrica de San Pedro Sula.

Había visto los pantalones entubados en la vidriera de un comercio. El gimnasio era administrado por una mujer que le introdujo en una exhaustiva rutina: todos los meses le medía con precisión de ingeniera la espalda y la cintura. Apuntaba notas en su cuaderno y le palmeaba el hombro. Con el tiempo, las manos se le llenaron de ampollas y las sudaderas le volaban a la altura de la barriga.

La mujer en varias ocasiones le había ofrecido llevarle en coche hasta su casa, pero había rechazado cada una de las propuestas. La mayoría de sus clientes prefería volverse con ella cuando las luces caían de una en una, pero en verdad le daba igual. En aquel tiempo, los mareros ya habían comenzado a molestarle.

Todo se atiborró en ese año, en el 2014. Lo bueno, lo malo y lo no tan malo. Los primeros meses hacía malabares en el aire entre su trabajo en una maquila¹ y sus clases en

1. Mirta Kennedy, del Centro de Estudios de la Mujer (Honduras), explica en *Mujeres y maquilas en Honduras* que «en las industrias maquiladoras las obreras trabajan bajo condiciones laborales que aseguran la alta productividad y la neutralización de los conflictos. Para lograr una productividad sostenida en la jornada de trabajo, el sistema funciona en base a una estricta organización del trabajo: tareas en serie, pago de salarios por producto (número de piezas elaboradas o lotes de piezas), imposición de un sistema de rigor. Condiciones laborales que se adaptan a un

la Universidad Tecnológica de Honduras. Más tarde consiguió darse con un empleo en una tienda de electrodomésticos: a las 8 de la mañana era su horario de entrada. Cogía el bus desde Chamelecón hacia el centro de San Pedro Sula, cuando al sol aún le daba pereza saludarle por la pequeña ventana de su habitación.

Se encargaba de administrar la tienda hasta las 7 de la tarde, de lunes a viernes. En temporada alta de lunes a domingo de 7 h a 20 h. Lo hacía todo para no llegar temprano a su casa. No quería. Siempre bromeaba al respecto y decía que tenía una doble vida.

Dentro de su casa, la libertad era otra cosa. No era libertad. No se la conocía como tal. No se sentía completamente libre, más bien le ahogaban las cuatro paredes como el clima hondureño. No quería que nadie le preguntara nada, solo atrincherarse en su guarida y dejar que la almohada le absorbiera la cara. Madrugar tenía sus ventajas: se movía por la vivienda como un fantasma, sin que le vieran.

—Me da vergüenza tener un hermano maricón y muerto de hambre —le gritaban.

Su madre Esperanza era un holograma en sus pensamientos, una imagen tridimensional de luz que solo se materializaba para advertirle cuando las cosas se iban a la mierda. Como un recordatorio diario de la pastillita para la presión. Era su culto de adoración, pero con la toxicidad propia de un amor romántico.

Esperanza a veces le llamaba por teléfono preguntándole si estaba en la casa porque, por momentos, ni siquiera notaba su respiración. En varias ocasiones su madre entraba a su cuarto y si lo encontraba llorando, cerraba la puerta y salía sin decirle nada. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Cuando no tenía clases la rutina hogareña le resultaba insulsa. Al finalizar la jornada laboral, cerraba la tienda y se quedaba en el parque de San Pedro Sula hasta medianoche o

escenario nacional donde la pobreza y el nivel de desempleo y subempleo garantizan la sustituibilidad de la fuerza laboral. Debido a la ausencia de un sistema legal que establezca y defienda los derechos de las trabajadoras, las condiciones de trabajo son las de extrema explotación».

incluso lo estiraba hasta la madrugada. Ese lugar era caldo de cultivo para conocer gente nueva, para poder despertar de una pesadilla en *loop*. Las noches hondureñas empezaban a tener otro sabor. Un sabor a libertad de opción, de quiebre identitario, de pernoctar un fuero interno que (no) sabía que tenía.

Sentía que el dinero de su empleo le condecoraba con poder y respeto frente a su familia. ¿Virilidad?

Pensaba que debía comprar sus propias cosas, salir de su casa, montar su propia vida y rentarse un lugarcito. Pero el reclamo de su madre era perpetuo: le enviaba a Esperanza ayudas económicas en todo momento.

—Acá llegó el que tiene dinero —le decía.

Solo así le respetaban. O eso creía. Fue tan así que logró abrir y administrarse ese año dos cuentas de ahorro: en una mantenía 10.000 lempiras y en la otra 6.000, conjuntamente con su pago diario. «Tenga y calle», le decía a sus hermanas. Parientes lejanos le comentaban a su madre:

—Mira, aunque maricón y todo es el que nunca te va a dejar aguantar hambre.

Esperanza se lamentaba. La atormentaban pensamientos cada vez que volvía de la iglesia del barrio. «Qué estaré pagando yo para que este me salga así». ¿Así cómo? Y cuando el dinero escaseaba, las peleas con su madre eran siempre sacadas de manual:

—¿A qué hombre le estás pagando para tener sexo con él?

—Míreme, ¿usted piensa que todos los maricones pagamos? También nosotras tenemos novio, gente que nos ama y nos llega a amar como nadie en el mundo.

—No me hables de eso. Solo te digo que nunca tienes dinero. Por algo será.

A las seis de la tarde en punto daban inicio sus clases de Ingeniería Industrial y la única alternativa para lograr llegar a tiempo al campus era coger un taxi. Dentro de las asignaturas generales del primer año se encontraba Física. Su profesor le odiaba ya que era el primer curso de cada día y resultaba difícil —si no imposible— entrar a horario. Le tenía montado entre ceja y ceja:

—No quiero payasos en mi clase.

Era la única persona de su familia que disfrutaba verdaderamente estudiar. El dinero siempre había sido un problema, pero cada vez que se encontraba con un libro interesante no podía evitar comprarlo. Sabía que iba a llegar lejos. Lo quería. Cuando les dejaban tareas a sus hermanas, acudían por su ayuda.

A sus nueve años había ingresado al primer grado de primaria gracias a la asistencia económica de un matrimonio vecino de Chamelecón. Como su madre Esperanza se encontraba obligada a trabajar fuera de casa durante largas horas, la pareja notaba que los hermanos y hermanas se autogestionaban y cuidaban. Como la mujer de ese matrimonio no podía tener hijas/os, le suplicaba a Esperanza que le regalara a Isair.

—Mira cómo camina, no podemos, nos saldrá maricón.

Al segundo año, ese matrimonio vecino que tanto le había ayudado se mudó de lugar y financiarle los estudios no era una opción para Esperanza. En realidad, nunca lo fue. Su nivel de vida se resumía en robar plátanos de la mata más cercana o pelearse por las 20 lempiras que debían repartirse entre las comidas del día. Desayunaban rodajas de pan con mantequilla en medio y un vaso rebalsando hasta el borde de Pepsi.

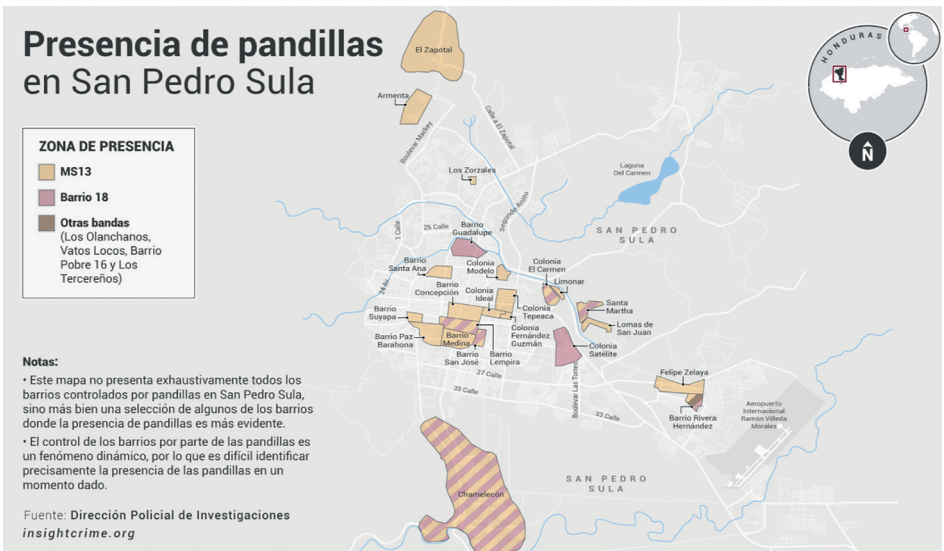
Quedarse en el molde nunca fue una cualidad de Isa. Decidió tocar la puerta de otro matrimonio mayor que residía en la casa de al lado: Don Ebelio y Doña María. Limpiaría su vivienda a cambio de continuar en la escuela: así fue como costó toda su primaria. Doña María terminó por adorarle e incluso le llevaba comida a escondidas de su marido.

«Tanto esfuerzo para venir a quedar a un basurero».

PANOCHOS, NO CHULETAS

El último golpe terminó por convertir sus pantalones entubados en una sola mancha espesa de sangre. Los chavales se reían mientras analizaban una vez más los envases de crema. Sabía que eso iba a suceder, el día anterior se lo habían anticipado. «No te queremos por aquí». Era su tercer encuentro con los mareros.

El transporte público daba por finalizado su servicio alrededor de las 10 de la noche, por lo que debía tomarse un bus



Fuente: *Dirección Policial de Investigaciones insightcrime.org*. Mapa creado en el año 2018.

desde la Universidad hacia el centro de San Pedro Sula y de ahí coger un taxi hacia Chamelecón. Los taxistas no frenaban

en la calle del punto treinta y cinco, más bien solían aparcar del lado de arriba de la Mara Salvatrucha.

Era máxima inviolable pagar una suma de lempiras específica de acuerdo a las calles que transitaban. ¿Qué quedaba para la gente que vivía en el sector de Los 18? Bajarse ahí y caminar humildemente con la cabeza gacha, encomendándose a cualquier dios que quisiera oírle.

* * *

Su primer encuentro con los mareros había tenido lugar en diciembre, de camino a casa en La Palmira, luego de la cena de fin de año para quienes trabajaban en la maquila. Ya casi llegaba, ya casi lo tenía.

—Ey, ey, ven. ¿Qué pedo abajo? —le gritó un tipo de la nada misma, salido de un repollo.

—No sé, yo vengo de mi trabajo.

—Bajen el arma —dijo el hombre a otros tipos que vigilaban el lugar.

Entre cinco y seis jóvenes le apuntaban directo a la cabeza desde muros, techos y columnas en la avenida principal. Eran de la Mara Salvatrucha.

—Vos, ven, sos aquel maje wirrito, fuimos compañeros de la escuela —continuó el hombre.

Isa no se acordaba de él.

—¡Aaaaaaaah, sí, claro! ¿No te casaste? —fingió en un tono agudo delatador.

—No, aquí estoy, sirviéndole al barrio, queriendo darle pa' bajo a todos los panochos.

A Los 18 les llamaban «panochos». Querían que les vendiera a un marero: que se hiciera amigo de uno de abajo y se los entregara servido en bandeja y con manzana en boca para borrarlo del mapa. Uno menos. Se imaginó en su cabeza cavando el agujero de su propia tumba.

—No, flaco, mirá, este es mi horario de trabajo. Yo estudio, vengo supertardísimo. Ni me entero de quiénes son o no mareros —se justificó.

—Ok, fijo, cualquier cosa nos vas avisando. Hacete para acá que ahí abajo te pueden ver.

«Gracias, Señor, que por lo menos me confundieron».

Los autobuses aparcados en su correspondiente parada eran lo único que obstruía el campo visual si se miraba desde abajo hacia arriba en el punto de la treinta y cinco. Diez miembros de Los 18 aparecieron casi al llegar a su domicilio.

«Que no me digan nada, que no me digan nada, que no me digan nada».

Si hubiera aceptado señalar y entregar a un tipo de Los 18 a los pandilleros contrarios de la Mara Salvatrucha la historia sería otra.

El clima callejero de Chamelecón subía la temperatura en la posta policial que decidieron instalar en el punto de la treinta y cinco. Las cosas empeoraron. Muchos conductores se negaban a transitar la avenida de los MS-13 y le dejaban arriba de todo. Caminaba diez, quince, veinte cuadras, con el corazón en la nuca y los pantalones meados.

Grupos militares empezaron a frecuentar la frontera invisible. Se paraban a saludarle con picardía y dobles intenciones sexuales. Evitaba bajo toda circunstancia detenerse y hablar con ellos: no podían verle en esa situación, cavaría una nueva fosa.

La segunda vez que tuvo contacto con los mareros fue el día anterior a la noche del basural. El taxi le había bajado en la calle principal. Venían siguiéndole. Ese fue el primer aviso. «No perteneces a este sector», le gritaron.

Junto con una de sus hermanas se terminaron volviendo muy cercanos a uno de esos tipos, en tiempos en los que trabajaban en la maquila. Se juntaban a comer, salían, se llevaban increíblemente bien. Hasta que comenzaron los interrogatorios sobre dónde vivía cada quién.

—Chamelecón —respondió dudando Isa.

—¿De qué parte de Chamelecón?

—¿Y vos? —le redobló.

—San José.

Al escuchar San José sus neuronas explotaron en sinapsis: ya sabía que se trataba del sector contrario de pandilleros, la de los Mara Salvatrucha. No pudo mentirle y le dijo que su casa estaba en La Palmira. Mierda. Les separaba una cuadra.

Los asesinatos dentro de autobuses se sucedían una y otra vez al circular por esa área fronteriza de la muerte. Desde que las maras se afianzaron en Honduras, otra modalidad frecuente era el llamado impuesto de guerra cobrado en aquellas zonas

marginales que controlaban. En el último tiempo, habían extendido la práctica a medianos y pequeños negocios como farmacias, panaderías y pulperías.

Ese tipo de la maquila era hermano de un conocido líder de la banda MS, llamado Lagartillo.

—Maje, yo no ando en tonteras de mareros. Trabajo porque tengo una hija. Pero sí que le tiro puntos a mi hermano. Si veo que viene a trabajar un 18 a la empresa, llamo a mi hermano para que venga a matarlo a la salida —se atajó.

—Eso es participar —le respondió involuntariamente Isa.

* * *

El hermano de Lagartillo se encontraba esa madrugada en el baldío. Eran los mismos tipos armados que el día anterior le habían advertido cambiar de ruta.

—¿Qué estabas haciendo ahí arriba? —le increparon.

—Yo vengo de arriba porque el taxi no baja hasta aquí —contestó Isa.

Eran irreconocibles. Quizás le siguieron, quizás ya sabían que volvería. Olían cada uno de los movimientos desde los techos. El primero que le gritó se encontraba en el jardín delantero de una casa, tras un cerco. Se tocó la cintura, dejando ver una pistola como en las películas Western. Como si el tamaño y el calibre del arma afirmaran su grado de masculinidad dentro de un machómetro.

—¡Camina hacia allá!

Patada tras patada, sentía que su vida se iba apagando como un cigarro violentamente estrujado contra el asfalto. Tanto tiempo se había burlado de la fantasía hollywoodense de ver toda su vida en un minuto antes de morir, pero ahí estaba. Preguntándose si había valido la pena.

—Dejemos que se vaya, nosotros buscamos panochos no chuletas —le decían los mareros a su líder.

—No, vamos a matarlo.

—Que se vaya. Tres minutos. Toma tus cosas y te vas. Chuletas no.

Chuletones. Así llamaban a las personas homosexuales. Hoy no era su día, no le tocaba. Le estaban dejando ir. No lo

Esta obra es finalista de la tercera edición del
Premio de Periodismo Literario convocado por el
Màster en Periodisme Literari, Comunicació i Humanitats
de la Universitat Autònoma de Barcelona

© del texto: Julieta Morales, 2021
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2021
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-9743-929-9
DL: L 32-2021
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.